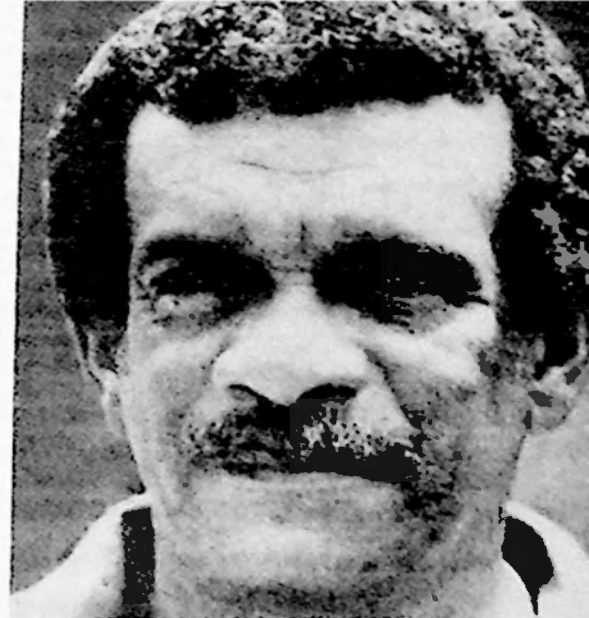


# Derek Walcott, Premio Nobel de Literatura 1992



• *Derek Walcott.*

OSCAR GONZALEZ VILLARROEL\*

Cumpliendo su ritual acostumbrado, el segundo jueves del otoño escandinavo, el secretario de la Academia Sueca anunció al mundo entero que el escritor y poeta antillano, Derek Walcott, había sido elegido para recibir este año el Premio Nobel de Literatura porque sus obras y principalmente *Omeros*, canto épico caribeño, “hilvana sus muchas hebras en un tono. Y en sus obras hallamos a Homero, Poe, Mayakovsky y Melville”.

En realidad, en esta ocasión esa sublime capacidad de asombro del mundo intelectual europeo se vio colmada, a pesar que su nombre empezó a circular en las redacciones culturales de los principales diarios de Estocolmo, junto al de Carlos Fuentes, al del canadiense Roberson Davies y la británica Doris Lessing.

Desde que el escritor nigeriano Wole Soyinka, obtuvo el Premio Nobel de Literatura en 1986, los círculos intelectuales del mundo entero se empezaron a interesar por la narrativa africana y los nombres de Nadine Gordimer, de Léopold Sédar Segor, del marfileño Ahmadou Kouroma y J.M. Coetzee empezaron a ser conocidos.

\*Comentarista literario de Valparaíso.

De lo que se presume que la literatura africana era muy poco evaluada, a pesar de que, históricamente, posee un interesante pasado oral y está presente en todos los géneros; pero no tanto en novela, por carecer del apoyo de una buena base idiomática universalizada y que, además, fue deformada por el colonialismo que introdujo hábitos culturales que empañaron lo que es posible llamar literatura neoafricana.

Indudablemente que existió aquella literatura escrita en lenguas tribales o dialectos. El mismo Derek Walcott escribe, a veces, en "creole", que han tomado formas idiomáticas como el Yoruba, el Ruandés, el Wolof, el Xhosa, el Sohto y el Zulú; pero la gran literatura neoafricana necesariamente hay que buscarla en los escritores influenciados por los franceses o los ingleses, pero que son resistidos por las mayorías nacionalistas del continente africano o en las colonias donde fueron llevados como esclavos para poblar las islas del Caribe, porque ellos quieren que sus escritores africanos cuenten su propia historia, como lo hizo Nadine Gordimer y Wole Soyinka, quienes relatan en sus obras la tragedia del pueblo africano, razón por la cual sus obras han sido prohibidas en su patria.

Pero ahora tenemos por tercera vez un escritor africano Premio Nobel de Literatura, en un lapso de ocho años, hecho insólito por lo infrecuente; pero que es justificable, si conocemos un poco los entretelones donde se teje la designación de los inmortales de la literatura mundial, según nos cuenta el profesor de literatura sueca y poeta Kjell Espmark, en su libro sobre la entrega de los Premios Nobel de Literatura.

Así las cosas, después de conocer las críticas que surgieron a raíz del otorgamiento del Premio Nobel a William Golding, tanto en Suecia como en Inglaterra, y, otro tanto ocurrió en 1987, cuando se le otorgó dicho premio al disidente ruso Joseph Brodsky, cuya producción no se conocía en toda Europa a esa fecha, salvo en España, donde en una revista llamada "El Urogallo", en 1980, en un número especial, que contiene una antología de la literatura clandestina soviética, aparece un poema suyo llamado "La campana de invierno".

Pero ahora la Academia Sueca ha señalado la calidad casi sublime de toda la producción de Derek Walcott, nacido de una familia de esclavos en la ex-colonia británica de Santa Lucía, en 1930, y que actualmente se desempeña como profesor de literatura inglesa en la Universidad de Brown, en los Estados Unidos.

Igual que Wole Soyinka, Walcott cultiva el teatro y la poesía y sus obras

más conocidas que circulan en Suecia son *Sueño de la montaña del mono* y *El Joker de Castaways*, escritas en inglés, esta última premiada por el Consejo de Literatura de Inglaterra y con el Premio del Consejo de Artes de Gales.

Pero la obra cumbre de Derek Walcott es la llamada *Omeros*, donde sus fantasmas se convierten en delirios épicos y sincrónicos propios de sus ancestros africanos.

La obra está llena de parábolas imaginativas en sus 64 capítulos, donde le canta a su tierra de adopción: el Mar Caribe, con sus mitos y leyendas, con su realidad cultural e histórica y al único Dios creador de todo lo que existe en el entorno en que convive con sus sueños y sus demonios.

Por cierto que no es el dios que trajeron los africanos a las Islas del Mar Caribe y al que ellos siguen llamando "Obatalá" y que lo describen de la siguiente manera:

"Los caminos estaban hechos a semejanza de los ríos, nadie iba por ellos, sólo el viento. Los caminos andaban solitarios. Fue el primero que habló. Construyó al hombre para que no estuvieran sólo los caminos. Creador de lo bueno. Padre y Madre de todos. Rey y Reina, Obatalá es uno de los 16 al mismo tiempo, según por donde vaya y lo que haga. Dio al hombre el pensamiento y la palabra. Le hizo el cuerpo despacito y tanteando. El hombre iba de un lado para otro pero sin dirección, sin rumbo, y tropezaba y caía. Entonces, él hizo las cabezas diferentes para que no se confundiesen y pensarán distinto". De este dios mitológico quieren los antillanos que Derek Walcott les cante en sus poemas.